

CONOCIMIENTOS LITERARIOS.

De la literatura en general.

Consagrada la presente revista á difundir los conocimientos útiles á todas las clases de la sociedad, pocos de ellos se acomodan más á su índole y cuadran mejor en sus páginas que los estudios literarios. Porque si cosa alguna merece la atención y la cautiva con especial deleite y provecho, es el exámen de las literaturas; esos monumentos donde vienen á fundirse y concentrarse los más altos conceptos del entendimiento humano, y á reflejarse como en un espejo mágico el esplendor de todas las civilizaciones, la luz de todas las ciencias, el encanto de todas las artes. Manifestación sublime de la mente del hombre, en la literatura encontramos la quinta esencia del pensamiento en sus más bellas inspiraciones; lo más vivo de las pasiones del corazón en la expresión depurada del sentimiento; lo más espléndido de la imaginación, creando el mundo inagotable de las imágenes y tegiendo las portentosas guirnaldas de las flores que brotan en ese paraíso virginal de la fantasía.

Así como no hay más que una ciencia, tampoco hay más que una literatura.

Por más que el árbol de la ciencia se haya dividido en innumerables ramas, el tronco es uno, y la unidad científica resplandece en la *síntesis* ó resumen de las investigaciones parciales. Divídase hasta lo infinito la ciencia, y siempre será *una*, como uno es el árbol, aunque multiplique con incansable fecundidad el caprichoso juego de su ramaje. Y la ciencia es una porque su objeto es uno: el estudio del universo, que á su vez es solo una inmensa unidad, desarrollada en la variedad de los mundos, en la cantidad de los fenómenos.

Del mismo modo la literatura no es mas

que una expresión múltiple que reviste todas las formas y reconcentra todas las esencias del pensamiento. A través de todas las épocas históricas y de todas las lenguas, siempre en las producciones literarias hallaremos una manifestación general, única, del espíritu humano, y en la universalidad de esta manifestación distinguiremos la unidad literaria, como en el *Cosmo* formulamos la unidad científica.

Toda ciencia parcial que se consagra al estudio de un ramo del saber tiene una definición concreta, terminante.

Nada hay, por el contrario, más difícil que hacer una definición de la literatura, donde la ausencia de leyes constantes, la multitud de fenómenos y la infinidad de formas hacen imposible determinar su relación y hasta desvían, por falta de puntos, los instrumentos analíticos del observador. Con qué microscopio mirar el detalle del alma? Con qué telescopio abarcar el conjunto del espíritu humano? Con qué escalpelo analizar la anatomía de la vida? Con qué compás medir la infinita geometría de la idea? Con qué termómetro apreciar el calor de la pasión? Con qué palabra, en fin, definir la literatura, que es la expresión de todo esto, que es ciencia por su fondo, arte por su forma: enciclopedia cantada donde el hombre concentra lo más hondo de sus meditaciones, donde el entusiasmo le levanta hasta los astros, donde la curiosidad le lleva á explorar todos los horizontes del mundo y de la vida, donde la contemplación le hará fijar la vista y entonar un canto á los prodigios del mundo físico, y la duda le sumergirá en el misterioso mar de la metafísica, en el tenebroso espacio de lo desconocido? Cosa que tanto abarca, que así se inspira en la ciencia como se expresa en forma de

arte, no es fácil, repetimos, definirla en breves palabras.

Intentemos, no obstante, tal dificultad, coordinemos algunas ideas que expresen la general que de la literatura nos hemos formado.

La física nos dice que la luz es la vibración del éter.

Aunque la metáfora es un poco atrevida, casi podríamos decir que la literatura es la *vibración del pensamiento humano*. Vibra el pensamiento, ese éter de la vida, y brota la luz de la inteligencia con los iris de infinitos colores deslumbrantes de la *Idea*.

Vibra el aire y produce el sonido. Vibra el corazón, es decir, palpita, y sus movimientos enjendran la *Pasion*.

Vibran todas las moléculas de un cuerpo y se produce el calor. Agítanse las palpables fibras del alma y nace el *Sentimiento*.

Son tres, pues, los elementos del mundo del espíritu y tres las formas psicológicas.

Idea, Pasion, Sentimiento.

Estos tres movimientos vibratorios de la sensibilidad interna necesitan una expresión exterior. Necesitan pasar del estado *subjetivo*, ó sea indeterminado, al estado *objetivo*, es decir, tangible, aparente.

Y esta expresión la encuentra en la *Palabra*. La palabra, cimiento imperecedero sobre el cual se levantan las gigantes construcciones del entendimiento, y la arquitectura riquísima de todas las literaturas conocidas.

Podríamos, pues, definir la literatura, la *expresión hablada de los movimientos del espíritu humano*.

Cuando para expresar sus ideas el hombre apele á formas visibles, os dará un *arte*. Con las líneas y colores, creará la pintura; con los cuerpos y las masas levantará la arquitectura; con el sonido engendrará la música. Cuando apelé á la palabra creará una literatura. Podríamos decir que las artes son una literatura de líneas, y la literatura un arte de palabras.

Pero basta la expresión hablada del pensamiento para constituir una obra literaria? La conversacion diaria, que ex-

presa pensamientos hablados, nunca constituirá una literatura, como la mera curiosidad de la ignorancia nunca formará una ciencia. La ciencia y la literatura han menester un término, una razón, un móvil que les impulse y guie al través del mar de las investigaciones y del caos de lo desconocido. Ambas tienen ese fin supremo.

En la ciencia es la *Verdad*.

En la literatura la *Belleza*.

Verdad y belleza, únicas y eternas musas que desde un Parnaso más elevado que el de Grecia pueden alumbrar é inspirar la mente humana; únicas madres de esos dos más perfectos y sublimes tipos de la especie humana: el sabio y el poeta.

Por el consorcio de ambos principios, de tal modo la ciencia y la literatura se armonizan y asemejan, que, sin exagerar la antítesis, podremos llamar á la literatura ciencia de lo bello, y á la ciencia, literatura de lo verdadero.

Siempre, pues, que una verdad, ó un sentimiento, se muestre de una manera *bella*, será un producto literario, que entrará en el cuadro de una literatura.

Cuando los pensamientos y afectos alcanzan su más bella manifestación, su más sublime pureza y ofrecen sus más correctos tipos representativos, ya se ostentan en las líneas del arte ó en las palabras, entónces, á esa expresión superior, ideal y semi-divina que en ellos resplandece, le damos el nombre de *Poesía*.

Por el comun principio poético liganse y confúndense tanto las manifestaciones del entendimiento, que para ser poéticas nada nos importa sus formas exteriores, ni el nombre con que las clasificamos. Así, á pesar de llamarlas estatuas y pertenecer á la escultura, podríamos llamar al Apolo de Belvedere un oda cincelada y entonada al dios de la luz y de la poesía; podemos leer en la Vénus de Milo el poema de la belleza corporal; podemos llamar al grupo de Laoconte un drama de mármol. El célebre Partenon de Atenas y la Iliada, en su espléndida monumentalidad, tienen algo de comun: el uno es el poema de la perfección arquitectónica,

la otra el monumento de la perfección poética. La Iliada es casi piedra tallada en palabras; el Partenon, con sus líneas correctas, rimadas y medidas como los versos de un himno, es un canto, un poema escrito con caracteres de mármol péntico. La magnífica oda de Manzoni, *El Cinco de Mayo*, tiene tal relieve, tal consistencia y tal vida, que en vez de oda podríamos llamarla estatua animada del gran Napoleón.

Ampliando más nuestra tesis, veremos que la literatura, es decir, la belleza poética, es casi principio y resumen de todo; especie de sol, centro de atracción para las ideas y foco de irradiación luminosa que les alumbró y vivifica.

En la ciencia hay literatura. Cuando levanta los misteriosos velos de la naturaleza y ve detrás de ellos aclararse los arcanos, revelarse las leyes, latir las fuerzas, germinar la semilla de las formas; cuando la ciencia ve las maravillas del mundo y oye el canto de esa escala de inmensas armonías que empieza en los átomos y termina en los mundos, entonces la fría, la vieja ciencia también se entusiasma, toma la lira para cantar sus verdades, pide sus inspiraciones á las musas y escribe libros que, á pesar de ser científicos, vienen á acrecentar el caudal de la poesía y el catálogo riquísimo de la literatura. Lucrecio, en su poema *De Rerum Natura*, hizo el poema del ateísmo y de la ciencia epicúrea. Quitad de los libros de Galileo, Kepler, Newton y Laplace los prodigiosos problemas, los áridos guarismos; concentrad el resultado, el *substratum* de aquellos números, especies de geroglíficos de las más altas verdades, y encontrareis una literatura matemática; hallareis la poesía del cálculo, la grandeza del guarismo; leereis el poema de la astronomía.

En la filosofía se encuentran las más bellas obras literarias. Platon ha enriquecido la poesía tanto como la filosofía con sus asombrosos diálogos, bellos y dramáticos como las mismas tragedias de Sófocles, pintorescos como las églogas de Teócrito, arrebatados y sublimes como las

odas de Píndaro. Si la índole y brevedad de este escrito no vedase ampliaciones y pruebas, aquí las daríamos, y fundadas, de como á la filosofía se deben los más bellos productos de la literatura. Veríamos como la poesía viene á ser la filosofía del alma; una psicología rimada donde ambas cosas resplandecen en su mayor profundidad analítica y en su mayor brillo representativo.

Hay más aun: las religiones, las mitologías, son una expresión cuasi literaria del sentimiento religioso. Quereis una prueba? Homero ha creado el Olimpo y los dioses de la Grecia, Fidias los ha cincelado, Ictino les ha levantado templos. Los dioses son la fórmula artístico-poética de esos sentimientos vagos, de esas aspiraciones infinitas que necesitan formas donde encarnarse; los dioses son la ciencia expresada, la naturaleza y el alma representadas en forma humana, ó sea el *antropomorfismo*, las ideas reflejadas en símbolos, los sentimientos deificados sobre altares, y en todo ese mundo religioso veremos al arte dominando en la forma y á la literatura dominando la teología, modelando el dogma en la poética forma de la fábula del *mito*, de las alegorías religiosas, ya dramáticas, ya épicas, ya cómicas, creadas por poetas y santificadas por sacerdotes. Examinense las literaturas primitivas, y en ellas encontraremos también las primeras religiones, de suerte que, siguiendo los símiles, podremos decir que las mitologías son literaturas en forma de dioses.

La literatura viene á ser el divino molde donde se condensan y perpetúan todas las civilizaciones. En ella entra la naturaleza, ese primer poema; el alma, ese inmenso drama; la sociedad, esa eterna comedia; las pasiones, ese continuo lirismo de los individuos y de los pueblos. En ella lo abstracto se concreta, lo concreto se dilata, lo material se espiritualiza, lo inerte se anima; todo esqueleto se reviste de carnes y expresiones vivas; todo adquiere perfume, calor, acción, vida: todo se adorna con las galas espléndidas de la fantasía del hombre, como la tierra se cu-

bre de flores y verdura con el soplo fecundo de la primavera.

Dos grandes manifestaciones tiene la literatura: la simplemente hablada y la metrificada y rimada.

La *prosa* y el *verso*.

La primera se rige por las simples leyes de la gramática para su enunciación verbal, y por las de la retórica para la emisión elocuente de las ideas. Tiene también la prosa su especie de ritmo, su armonía, es decir, el *estilo*, cuyas reglas solo las dicta el genio del escritor.

El verso tiene el *metro* que produce su melodía aislada, y la *rima* la consonancia, que es la armonía que traba unos versos con otros. Melodía y armonía de esa música hablada de la poesía donde resuena la divina lira del alma del hombre.

La poesía á su vez tiene tres modos de ser, tres grandes grupos, á saber: la poesía épica, la dramática y la lírica.

La epopeya canta los grandes hechos de la humanidad, de un pueblo, de un héroe.

El drama pinta el movimiento y juego de las pasiones humanas.

La poesía lírica canta los sentimientos individuales pasajeros del momento, con las formas más libres y variadas que la palabra puede revestir.

En su analogía con las artes la epopeya corresponde á la arquitectura por los monumentos que levanta; el drama á la escultura por las figuras que modela; el lirismo á la pintura por el colorido de sus cuadros.

Estas tres formas literarias nos proponemos estudiar y dar á conocer ligeramente en sus más grandes y característicos modelos.

Muchos conocen de oídas los nombres de *la Iliada*, *la Encida*, *la Divina comedia*, *el Paraíso perdido*, *la Jerusalem libertada*, *Orlando Furioso*, *las Luisiadas*, *la Araucana*, *la Mesiada*, *el Fausto*, y sin embargo, por haber dedicado su atención á estudios de otra índole, desconocen el admirable fondo de tan inmortales poemas.

Muchos han pronunciado los nombres

de Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Terencio, Plauto, Racine, Molière, Shakespeare, etc., y no obstante, nunca han penetrado en los animados mundos dramáticos que aquellos génios crearon.

Para los que tales obras desconocen nos proponemos dedicar una série de breves estudios expositivos, meramente *didácticos*, de enseñanza, y sin elevarnos á altas apreciaciones críticas, impropias de esta publicación y de aquel propósito. Nuestro intento es solo dar una realidad á esos nombres que flotan sin sentido ni aplicación en el recuerdo de las personas que se hallan en el caso que hemos indicado. Que él que pronuncie, por ejemplo, la palabra *Iliada*, sepa qué cosa es la Iliada, vislumbre algo de sus magnificencias, conozca su argumento, su importancia y su sentido. En un breve resumen, tendrá el lector idea de las más célebres obras maestras de la literatura, sin el largo trabajo de leerlas y estudiarlas. Una ligera noticia del poeta y un bosquejo de sus producciones harán familiar á quien las leyere lo que para él fuere un nombre vano, y acaso moviendo su curiosidad le incite á abrir esos libros monumentales donde resplandece la divinidad creadora del entendimiento.

¿Dónde más dignamente fijar la atención que en la contemplación de esas obras siempre grandes, siempre nuevas, siempre resplandecientes con la aureola de la inmortalidad, de ese rayo luminoso, corona del poeta, quien, como un músico llamado á descifrar la armonía del universo, fija la vista en las grandiosas notas del cielo, pone sus dedos sobre el harpa sonora del corazón, y conmovido por el delirio de la inspiración, hace sonar en la tierra los únicos cantos que hacen olvidar el dolor humano, los únicos lamentos que consuelan. los únicos conceptos que hacen soñar en la divinidad del hombre, en la eternidad de sus secretos destinos y en la realidad de sus esperanzas infinitas?

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

CONOCIMIENTOS DE AGRICULTURA.

De las labores en particular.

Con el genérico nombre de labores se designan todas las operaciones que el agricultor practica en los terrenos cultivables, á fin de ahuecarlos y darles las condiciones necesarias para la vida de las plantas. Estas operaciones son muy numerosas y se distinguen por denominaciones debidas generalmente á los instrumentos que para su ejecucion se emplean. Se dividen en labores de preparacion y labores de vejetacion. Algunos admiten un tercer grupo (labores de division) que nosotros expondremos con el epíteto de *complementarias*, porque en efecto, sirven, en el mayor número de casos, para perfeccionar y completar las anteriores.

Las labores de preparacion tienen por objeto, como indica su nombre, disponer el suelo del mejor modo posible para recibir las semillas. El cavar ó arar las tierras, dividir las en tablares, amelgas ó almantas antes de la siembra ó de las plantaciones son otras tantas labores de preparacion. Las llamadas de vejetacion se practican á medida que las plantas recorren sus diferentes fases para favorecer su desarrollo, crecimiento y fructificacion, pudiendo citarse, entre otras, como ejemplos de este segundo grupo, las labores que se dan á las viñas y olivares, las que tienen por objeto destruir, por medio de la rastra, la costra formada en la superficie de un campo recientemente sembrado y que las tiernas plantas no pueden romper, y las en que se hace pasar el arado de horcate, ú otro cualquiera por entre las líneas de plantas cultivadas, á cuya operacion nombran los labradores recalzar ó rejalar. Por último, cuando con el auxilio de un mazo, rodillo, rastra, etc., se dividen ó desmenuzan los terrones for-

mados por las antedichas maniobras, se ejecutan las labores que hemos denominado complementarias, las cuales, segun puede comprenderse, unas veces llenan el objeto de las preparatorias y otras el de las de vejetacion. Tambien se dividen las labores en superficiales, medianamente profundas y profundas.

Despues que hayamos tratado de los instrumentos con que se ejecutan, del modo de manejarlos y mejoras que deben introducirse en ellos, lo haremos de las diversas clases de labores que acabamos de indicar, de las épocas en que deben practicarse y modificaciones que han de sufrir con relacion á la naturaleza de las tierras, climas, localidades, plantas que cultiven, costumbres y medios con que cuenten los agricultores.

Aunque los citados útiles son muchos y variados, solo nos haremos cargo de los principales, únicos que merecen llamar la atencion por su importancia. Entre ellos se cuentan para los pequeños cultivos la pala, laya y azada; para el cultivo en grande el arado, y para las labores complementarias el rodillo y las rastras ó gradas; sin que esto dé motivo á creer que no puedan sustituirse unos por otros ó entrar en combinacion, de diversos modos, en algunos casos particulares. Los tres primeros producen labores más perfectas que el arado; pero en cambio este es muy superior á todos cuando se le considera bajo el punto de vista económico que nunca debe olvidarse, y ménos al tratar cuestiones agrícolas, sobre todo en esta época en que hay una tendencia general á que el hombre trabaje principalmente con su inteligencia, á alibiar sus fuerzas físicas con la fuerza de los animales y la de estos con motores inanimados, llevando así el

perfeccionamiento á todo lo que es susceptible de él.

Las operaciones que se practican con la pala, laya y azada se llaman labores á brazo, de cuya conveniencia y ejecucion nos ocuparemos hoy exclusivamente, dejando para otro artículo las labores con el arado, asunto de grande importancia, y al cual nos proponemos dar toda la extension que sea compatible con la índole de este periódico.

Mas antes de entrar en minuciosos detalles, séanos permitido recordar las condiciones que debe reunir toda buena labor, porque sin su conocimiento teórico-práctico no pueden establecerse acertadas comparaciones y deducir el valor relativo de cada una. Estas condiciones consisten principalmente, como ya sabemos, en el ahuecamiento de las tierras que las hace más permeables al aire y á la humedad, en dar vuelta á las porciones removidas y en la esposicion al contacto de la atmósfera de la superficie más extensa posible.

Cuando el labrador cultiva un pequeño terreno; cuando sus recursos pecuniarios no le permiten la adquisicion de máquinas complicadas ni de animales que no podria mantener; cuando la naturaleza de las tierras presenta obstáculos invencibles para el arado, como acontece en las muy pedregosas, donde se encuentran con frecuencia cantos rodados de dimensiones respetables, ó rocas superficiales desnudadas en algunos puntos de su extension, las labores practicadas á brazo son las únicas que pueden llenar cumplidamente las exigencias de un cultivo racional. Sucede lo mismo cuando las pendientes son demasiado rápidas para que los animales marchen con facilidad y el arado produzca una labor regular ó uniforme; y cuando en los campos existen plantas que se oponen al paso de las caballerías. Esta última circunstancia ocurre en los jardines, en algunas huertas y en las viñas de los países donde, por ser las lluvias frecuentes y abundantes, se ven los propietarios en la necesidad de podar las cepas á una altura que no tienen las que se encuentran en condiciones opuestas, con

el fin de preservar al fruto del exceso de humedad, que tanto le perjudica, facilitando su oreo.

La sencillez de los instrumentos que se emplean y su fácil manejo permiten, en todos estos casos, modificar la labor, cambiar su direccion, penetrar á distintas profundidades, y respetar las plantas que puede haber. Además dividen la tierra en porciones aisladas, cuyas caras libres, despues de haber dado la vuelta, se saturan pronto de fertilizantes gases atmosféricos; y aunque es cierto que la operacion de desterronar tiene que hacerse al mismo tiempo, ó poco despues, cuando á estas labores sigue inmediatamente la siembra, lo cual supone, tiempo, trabajo y gastos, todo queda compensado con la perfeccion de la labor, que no encuentra rival ni aun en la hecha con el mejor arado.

Pero de aquí no pasan las ventajas de las labores á que nos referimos. Cuando se trata de un cultivo en grande, y cuyos terrenos no presentan los inconvenientes que dejamos señalados, dichas labores son muy costosas y no tienen la importancia que acabamos de indicar, no solo por los gastos que ocasionarian los muchos y elevados jornales que habrian de invertirse, suponiendo que hubiera bastantes brazos para ejecutarlas, lo cual es casi imposible, sino tambien porque la lentitud con que forzosamente se hacen se opone abiertamente á la satisfaccion de las necesidades, siempre urgentes, del cultivo, y mucho más en la generalidad de las provincias de España, donde, por desgracia, sucede con demasiada frecuencia que se retardan las lluvias de otoño ó primavera, y hay que aprovechar el corto tiempo en que las tierras están, como suele decirse, en *tempero* ó en disposicion de dejarse penetrar por los instrumentos aratorios. En estas circunstancias y en otras muchas, de las cuales no podemos tratar de una manera general, el empleo del arado ofrece ventajas incontestables sobre las labores á brazo, tanto por lo económico del trabajo, cuanto por la prontitud de su ejecucion, segun tendremos ocasion de mani-

festar, como hemos prometido, en otro artículo.

Hemos indicado antes que las labores á brazo se ejecutan principalmente con los instrumentos llamados pala, laya y azada. El primero es el que mejor se presta á esta clase de trabajos: la perfeccion de la labor que con él se produce le hace recomendable, mediante algunas modificaciones, para casi todos los terrenos; y sin embargo, apenas es conocido en la agricultura española, pues, con ligeras excepciones, solamente se le usa en alguno que otro jardín.

La pala consta de dos partes; la lámina y el mango. La lámina es de hierro y presenta en su parte inferior un borde cortante y en el centro del superior una especie de cubo ó enchufe en el cual entra la extremidad inferior del mango; esta se prolonga algunas veces alojada en una ranura que la lámina tiene en su cara posterior, quedando de este modo consolidada y en condiciones para resistir los esfuerzos á que ha de verse expuesta. En ciertas palas el extremo del mango, más ó ménos grueso, penetra y se fija entre dos chapas metálicas que, reunidas, forman la lámina, con cuya disposicion, sin aumentar sensiblemente el roce, se facilita su profunda introduccion en el terreno y se la dá fuerza para vencer grandes resistencias.

El mango es recto ó ligeramente encorvado; su extremidad libre termina unas veces en porrilla, y otras lleva una pieza transversal, sobreañadida en forma de muleta, ó se halla provista de un asa en la cual el operario introduce los cuatro dedos de la mano. Esto último se nota principalmente en las palas cuya lámina tiene grandes dimensiones y su manejo exige vigorosos esfuerzos.

En algunas palas sale del tercio inferior del mango, formando ángulo recto con él, un apéndice de madera llamado estribo, que sirve para colocar el pié y facilitar la introduccion de la lámina en el terreno.

El obrero que trabaja con pala la tiene asida por el mango con ambas manos, apoyando una (generalmente la derecha) en

el extremo libre; en esta disposicion hace un esfuerzo para clavar el instrumento marcando la direccion del corte que ha de dar á la tierra, y colocando en seguida el pié izquierdo sobre el borde de la lámina ó el estribo si le hay, carga sobre él el peso del cuerpo, con lo cual logra que aquella penetre en el terreno.

La introduccion de la pala se consigue con más ó ménos facilidad segun la naturaleza del suelo. Cuando la resistencia es grande se necesitan esfuerzos reiterados, en cuyos intermedios se comunican al mango movimientos oscilatorios, con los cuales ensancha la incision hecha y el roce es menor.

Introducida la pala á la profundidad apetecida, el trabajador obra sobre la extremidad libre del mango tirando con fuerza de él hácia atrás y abajo hasta desprender la porcion de tierra cortada, pero todavía adherida por la base y uno de sus lados; conseguido esto corre la mano izquierda hácia el punto de union del mango con la lámina ya cargada, la eleva, y por un movimiento más fácil de hacer que de explicar, voltea la tierra y la coloca en la zanja que tiene abierta delante de él. Cuando la labor es de las llamadas de invierno, los terrones quedan intactos; pero si á ella ha de seguir pronto la siembra, el mismo obrero los divide por algunos golpes dados con el corte del instrumento.

Como puede comprenderse, la pala desempeña un papel distinto en cada uno de los tiempos en que el hombre emplea sus fuerzas. Al desprender el terron obra como palanca de primer género ó intermóvil; en cuyo caso convendria que el brazo representado por el mango fuese muy largo, para que de este modo se viera favorecida la fuerza á expensas de la resistencia, aligerando el trabajo: pero como á este tiempo sigue el de la elevacion, en el cual el instrumento es una palanca de tercer género ó interpotente, y es preciso que el obrero coloque la mano lo más cerca posible de la lámina para acortar el brazo de la resistencia y hacer ménos penoso el trabajo, la excesiva longitud del mango opondria naturalmente

obstáculos á su fácil manejo, por cuya razon el total de la pala nunca debe ser mayor que la estatura del individuo que ha de manejarla.

La maniobra de este instrumento, tal como acabamos de exponerla, es la más generalmente adoptada; pero hay casos en que la naturaleza del terreno permite una modificacion que acelera, simplifica y perfecciona el trabajo.

Cuando la tierra es ligera, y, por consecuencia, penetra la pala con facilidad y sin grandes esfuerzos, el trabajador se coloca en la misma zanja, y en vez de clavar el instrumento casi verticalmente, lo hace de un modo oblicuo, imprimiéndole con los brazos un vigoroso impulso. Con el método dicho las rebanadas de tierra son más delgadas; pero el inconveniente queda compensado por las ventajas anteriormente enunciadas.

En las labores de pala lo primero que se hace es abrir una zanja á todo lo largo de un extremo de la heredad, y la tierra levantada la coloca el obrero enfrente de él, y concluida aquella, la trasporta al otro extremo del campo, donde el trabajo debe terminar; se practica paralelamente una segunda zanja, sirviendo la tierra que se extrae para llenar la primera; se hace una tercera, que á su vez da material para tapar la precedente; despues una cuarta, y se continúa así hasta concluir la labor. La última zanja se rellena con la tierra conducida al principio de la operacion.

En esta clase de trabajos el hombre tiene delante de sí la labor ejecutada, y ya la haga solo ó acompañado de otros, en cuyo caso se colocan en línea, su marcha es siempre hácia atrás.

Si los terrenos son extensos, á fin de disminuir las pérdidas ocasionadas por el transporte de la tierra, se les divide en el sentido de su anchura en un número par de trozos que se labran como otros

tantos campos distintos. Hecho esto, se abre la primera zanja, y la tierra que se extrae se deposita al principio del trozo contiguo á aquel en que se ha empezado la labor, continuando despues como en los casos ordinarios. Trabajando de este modo queda necesariamente al fin del primer trozo una zanja abierta, que se llena con el material que proporciona otra contigua hecha en el trozo inmediato: la labor de este se ejecuta siguiendo una marcha inversa á la adoptada para el primero, y cubriendo la última zanja con la tierra que al principio se condujo á aquel sitio.

Las diferencias que se advierten en los terrenos respecto á su composicion, mezcla y propiedades físicas, exigen que las palas sufran algunas modificaciones relativas á la mayor ó menor dificultad que aquellos oponen á ser labrados por estos instrumentos.

Cuando los terrenos ofrecen una mediana resistencia, el borde inferior de la pala puede ser tan ancho, en el sentido lateral, como el superior y tener el corte casi recto: cuando la tenacidad de aquellos es grande, la parte inferior de la lámina debe ser estrecha y el corte semilunar: cuando son muy pedregosos es conveniente que la concavidad del corte sea tan exajerada que parezca provisto de un diente en cada extremo, ó que la lámina tenga la forma triangular; por último, si las tierras son arenosas y se escapan fácilmente de la pala, su lámina será más ancha y cóncava en las direcciones longitudinal y trasversal, y el corte convexo.

Con las modificaciones indicadas apenas se encontrará un terreno que no pueda labrarse perfectamente con este instrumento, á no suceder que sea demasiado pedregoso, y los cantos bastante grandes para impedir absolutamente su introduccion, en cuyo caso habrá necesidad de reemplazarle con la laya.

ANTERO VIÚRRUN.
(Se continuará.)

CONOCIMIENTOS DE ESTADÍSTICA.

Los nacimientos ilegítimos en España.

Hay una clase de actos que condenan á un mismo tiempo la religion y la sociedad, y que, sin embargo, la ley no castiga, sin duda porque victimas y cómplices suelen aparecer en ellos confundidos. Tales son las uniones ilegítimas que, despues de llenar de infamia á una mujer y de penas la vida de un sér inocente, causan á la sociedad males de suma consideracion en todas las esferas. Independientemente del trastorno profundo que lleyan al seno de las familias, cuyas buenas costumbres constituyen la principal garantía de la moralidad pública, independientemente tambien del peligro que para la sociedad envuelve la viciosa educacion que suele recibir quien no conoce á sus padres, las uniones ilegítimas producen grandes pérdidas en las fuerzas sociales. Entre los niños que vienen muertos al mundo, el mayor número corresponde á los hijos ilegítimos; la mortalidad de estos en los primeros años de la vida alcanza cifras verdaderamente pavorosas; el sexo masculino que, por una sábia ley de la naturaleza, aparece constantemente en mayoría entre los nacidos, por ser el elemento activo por escelencia, al mismo tiempo que el de existencia más corta, pierde mucho de esta superioridad entre los hijos naturales, y el matrimonio, una de las fuentes más abundantes de moralidad y de riqueza con que las naciones cuentan, no tarda en hacerse infrecuente en donde los nacimientos ilegítimos abundan.

Afortunadamente España es uno de los países donde se registran ménos hijos nacidos fuera de matrimonio, segun demuestra el siguiente cuadro que hemos formado con los documentos oficiales más recientes :

HIJOS ILEGÍTIMOS POR CADA 100 NACIMIENTOS.

Baviera	20'92	Prusia	8'36
Portugal	15'84	Noruega	8'33
Sajonia	15'40	Bélgica	7'65
Wurtemberg	12'79	Francia	7'54
Dinamarca	11'48	Inglaterra	6'49
Austria	10'90	España	5'40
Hannóver	10'23	Italia	5'10
Escocia	10'00	Holanda	4'22
Suecia	8'79	Rusia	4'00

Pero á pesar del ventajoso lugar que ocupa nuestra pátria en el cuadro que antecede, son verdaderamente dolorosas las siguientes cifras expresivas de los nacimientos ilegítimos registrados anualmente en España desde 1858 á 1866.

AÑOS.	HIJOS ILEGÍTIMOS.
1858	30,040
1859	31,131
1860	32,222
1861	34,125
1862	33,416
1863	32,997
1864	34,458
1865	33,227
1866	33,140

Comparadas las cifras de 1866 con las correspondientes á 1858, parece resultar que la inmoralidad que representa el número de hijos ilegítimos va en aumento en nuestra pátria, como sucede en el extranjero; pero no es así. El aumento que en absoluto han recibido los hijos habidos fuera de matrimonio se debe al que ha recibido la poblacion en general y el número total de nacimientos; así es que relacionados aquellos con los nacidos de matrimonio, resultan constantemente en

cada uno de los nueve años consignados, 17 hijos legítimos por cada ilegítimo.

De suerte que, ya que no disminuya en esta parte la inmoralidad que manifiestan las anteriores cifras, al ménos no aumenta, y sirvanos esto de consuelo, con tanto más motivo cuanto que la opinion general es que nuestras costumbres empeoran de año en año en nuestra patria.

Hay, sin embargo, provincias en España que ofrecen en este punto dolorosísimas cifras, sobre las cuales nunca se llamará bastante la atención de los que tienen el deber de moralizar el país. Véanse sino las primeras cifras de la siguiente escala referente al año 1866, y que guarda perfecta analogía con los datos recogidos en años anteriores:

NACIMIENTOS LEGÍTIMOS POR UNO ILEGÍTIMO.

- 5 Lugo y Madrid.
- 6 Coruña y Pontevedra.
- 7 Cádiz y Canarias.
- 9 Orense.
- 12 Sevilla.
- 15 Oviedo.
- 16 Huelva, Leon y Salamanca.
- 18 Córdoba.
- 19 Valladolid y Zaragoza.
- 20 Jaen, Málaga y Zamora.
- 21 Barcelona y Granada.
- 23 Santander y Valencia.
- 24 Albacete.
- 25 Cáceres.
- 26 Badajoz.
- 27 Guipúzcoa.
- 30 Almería, Ciudad-Real y Huesca.
- 31 Avila, Baleares y Toledo.
- 34 Alava y Vizcaya.
- 35 Navarra.
- 36 Murcia.
- 40 Cuenca.
- 43 Geroaa.
- 48 Guadalajara y Tarragona.
- 49 Alicante.
- 50 Teruel.
- 52 Segovia.
- 53 Búrgos.
- 54 Logroño y Palencia.
- 56 Soria.
- 62 Lérida.
- 92 Castellon.

Las precedentes cifras revelan, en efec-

to, una gran inmoralidad bajo el punto de vista de las uniones ilegítimas en algunas de nuestras provincias, especialmente en las que forman los antiguos reinos de Galicia y Leon, en las de Madrid, Oviedo, Canarias y en la mayor parte de las andaluzas.

El hecho, sin embargo, presenta proporciones aun más desconsoladoras cuando se estudia en las capitales de provincia, como manifiesta la siguiente escala:

HIJOS LEGÍTIMOS POR UNO ILEGÍTIMO.

- 2 Cádiz, Canarias y Coruña.
- 3 Leon, Orense y Toledo.
- 4 Girona, Lugo, Madrid, Pamplona, Pontevedra, Salamanca y Valencia.
- 5 Badajoz, Córdoba, Cuenca, Sevilla, Valladolid, Zamora y Zaragoza.
- 6 Almería, Barcelona, Granada y Soria.
- 7 Bilbao, Jaen, Málaga y San Sebastian.
- 8 Avila, Ciudad-Real, Guadalajara, Huesca, Logroño y Teruel.
- 9 Búrgos y Huelva.
- 10 Santander y Vitoria.
- 11 Alicante, Lérida y Tarragona.
- 13 Baleares.
- 17 Palencia.
- 19 Albacete.
- 20 Oviedo.
- 24 Murcia.
- 27 Castellon.
- 36 Cáceres.

Pero es necesario tener en cuenta para no exagerar el juicio que se forme de la inmoralidad de nuestras capitales de provincia comparadas con sus respectivas demarcaciones, que muchos de los hijos ilegítimos concebidos en estas figuran entre los nacidos en la capital, ya porque el deseo de ocultar su deshonor aconseja á las jóvenes á trasladarse á las ciudades populosas, ya tambien porque se llevan á las inclusas, establecidas en las mismas, gran parte de los nacidos fuera. Es preciso, sin embargo, convenir en que la mayor inmoralidad se encuentra en las grandes poblaciones, donde el libertinaje de los hombres, los incentivos del lujo, el mal ejemplo y la facilidad de que la falta permanezca ignorada para el público, ofrecen á la virtud de la mujer peligros que

no existen en los campos ni en las pequeñas poblaciones.

Hemos indicado en un principio que donde los nacimientos ilegítimos abundan, los matrimonios son muy poco frecuentes. Así se ha comprobado en todos los países que tienen formada su estadística del movimiento de la población, y en cuanto á España, coinciden de tal modo las provincias donde ménos matrimonios se celebran con los de mayor número de hijos ilegítimos, que de las diez provincias que se hallan en el primer caso (las de Oviedo, Lugo, Pontevedra, Lérida, Orense, Coruña, Sevilla, Canarias, Cádiz y Tarragona), ocho figuran también entre las diez de más hijos naturales.

Asimismo hemos indicado que si bien el predominio del sexo masculino en los nacimientos es un hecho general y constan-

te, este predominio es menor entre los hijos ilegítimos que entre los legítimos. En España se vienen registrando todos los años 107 nacidos varones por 100 hembras, y entre los hijos ilegítimos esta relación es solo de 104 : 100. Análogas cifras ofrecen las estadísticas extranjeras.

Tal es el hecho. Sus causas podrán hallarse en las peores de vigor y robustez en que por sus vicios ó su mucha mayor edad suele encontrarse el seductor respecto á la mujer á quien deshonra, ó en el menor predominio en que también se halla el sexo masculino entre los nacimientos registrados en los grandes centros de población que con tan considerables cifras contribuyen á la total de hijos ilegítimos; pero no son aun conocidas, y es aventurado cuanto sobre el particular se afirme.

J. JIMENO AGÜES.

CONOCIMIENTOS DE BIOGRAFÍA.

INFANCIA DE HOMBRES CÉLEBRES.

Demóstenes.

Habia en Atenas un chico que era el pilluelo más grande que se había nunca visto; no pasaba día en que no jugase alguna mala partida á sus compañeros, ó alguna mala pasada á sus vecinos. Respecto á los profesores, no era suya la culpa si no los hacía rabiar, pero no iba á la escuela. Sus amigos le llamaban la *pequeña serpiente*, y sus vecinos el *trastuelo*, aunque su nombre era Demóstenes, como su padre.

Sin embargo, el pequeño Demóstenes no era malo en el fondo; era más bien desgraciado. Había perdido á su madre cuando tenía tres años y á su padre á los siete, de manera que el pobre huérfano estaba abandonado á sus tutores, los cuales no le querían y le dejaban vagabundear todo el día en la gran plaza de Atenas con

otros chicos abandonados como él. Los tutores, á pesar de que habían recibido dinero para mantenerle y educarle, le alimentaban mal y no se ocupaban de su educación, de modo que llegó á la edad de doce años sin saber más que leer y escribir, y esto mismo lo empleaba en hacer mal.

Habia en aquel tiempo en medio de la plaza una gran tribuna de mármol. Cuando había algo importante que decidir en la villa, una guerra que emprender, un monumento que construir, navíos que equipar para ir á buscar lejanas mercancías, todos los que querían subían á la tribuna; el pueblo se reunía alrededor de ellos; se examinaba lo más conveniente, y despues, cuando todo estaba dicho en pró y en contra, cada uno escribía su parecer

sobre una concha y la depositaba en una caja. Se contaban despues las opiniones y la escrita mayor número de veces era la adoptada.

El pequeño Demóstenes iba como los demás á la plaza cuando habia deliberacion, pero no para escuchar á los oradores; se escurria entre la multitud, con un carbon en una mano y en la otra un pedazo de tiza. A los que tenian traje blanco, y entonces habia muchos que lo usaban, les escribia en la espalda con el carbon palabras como las siguientes: *ladron, burro, borracho, perezoso*, etc.; y si era traje negro lo escribia con tiza; despues se escapaba. Cuando la asamblea se separaba se colocaba con otros pilluelos en una esquina de una calle y á todo el que pasaba con el letrado en la espalda le hacian burla, le insultaban y le perseguian. Algunas veces la gente se reia de estas bromas, pero lo más frecuente era que los ofendidos se incomodáran, y cuando podian coger al chicuelo, lo cual no era fácil, le imponian una buena correccion con sus bastones; pero esto le importaba poco á Demóstenes; se rascaba las espaldas y volvía á repetir lo mismo al dia siguiente.

Un dia que habia entrado en el recinto del tribunal se encontró colocado tan cerca de los jueces, que no se atrevió á ejercer sus travesuras de costumbre: y siéndole tambien imposible, á causa de la mucha gente, salir de allí, tomó el partido de escuchar al orador, lo cual no habia hecho hasta este dia.

El asunto era importante; se trataba de saber si el general ateniense Chabrias habia entregado una ciudad á los enemigos. El orador Callistrate, que acusaba al general, hablaba con gran elocuencia; los que se encontraban al lado de Demóstenes estaban vivamente impresionados y de tiempo en tiempo aplaudian; el pilluelo aplaudia tambien y prestaba una gran atencion. Cuando terminó el discurso, sonó un gran aplauso, á pesar de no estar permitido, y Demóstenes aplaudió como los demás, con tanto afán, que se le cayó al suelo el carbon y la tiza, pero él ya no se ocupaba más que del bello discurso

que habia oido. El general fué reconocido culpable y condenado: nuevos bravos resonaron; Callistrate fué rodeado por la multitud, y á la salida del tribunal, dos de sus admiradores le tomaron sobre sus hombros en medio de las aclamaciones y le llevaron en triunfo hasta su casa, seguido de un inmenso cortejo, en el cual figuraba Demóstenes.

Quando el niño llegó á su casa, su tutor le vió pensativo, y le preguntó con qué soñaba.

Demóstenes contó con gran entusiasmo lo que habia oido en el tribunal, exclamando de tiempo en tiempo: Qué hermoso es ser orador!

—Es que tú quisieras serlo? le preguntó riendo su tutor.

—Por... por qué no? dijo Demóstenes alzando altivo la cabeza. (El pobre era tartamudo.)

—Por qué no? Por mil razones: primeramente para ser orador es necesario ser muy instruido, y tú nada sabes.

—Estudiaré, contestó resueltamente el niño.

—Además en cuanto dices dos palabras te fatigas y no tendrás aliento para hablar.

—Lo adquiriré.

—Y tambien tartamudeas de una manera deplorable.

—Eso... se... se... se me quitará, repuso Demóstenes.

—Me parece, amiguito, continuó sonriendo el tutor, que empiezas mal á corregirte, pues nunca has tartamudeado tanto como ahora.

—Es verdad, dijo tristemente Demóstenes; pero quiero ser orador y lo seré.

El tutor le hizo aún muchas objeciones, pero Demóstenes contestaba siempre que queria ser orador, y que cuando se quiere con empeño una cosa se consigue.

En efecto, desde este dia no hizo más travesuras. Se le veia pasear por la plaza cuando habia oradores que hablarán, pero no ya para hacer diabluras, sino para aprender á hablar como ellos.

Su tutor estaba desesperado porque conocia que Demóstenes, laborioso, no se de-

jaria robar sus bienes, como si hubiese seguido siendo un perdido.

Era costumbre, cuando el pueblo estaba reunido en asamblea, que un heraldo armado con una varita dijera en alta voz al comenzar el debate: Alguno que pase de cincuenta años quiere tomar la palabra? Cuando los oradores de esta edad habian hablado, se llamaba á los de más de cuarenta años; despues á los que pasaban de treinta. Cuando el asunto parecia suficientemente discutido, se paraban aquí, pero algunas veces se llamaba también á los oradores de veinte años y hasta más jóvenes. Esto sucedió un dia que Demóstenes estaba al pié de la tribuna.

Conociendo bien el asunto de que se trataba, y hasta habiéndole estudiado en secreto, se atrevió á subir á la tribuna.

Era sumámente raro que un joven orador osára tomar la palabra. Asi es que cuando vieron al niño poner la mano sobre el mármol disponiéndose á hablar, hubo un gran movimiento de curiosidad. Pero fué bien distinto en cuanto reconocieron á Demóstenes.

Cómo, es el trastueto que quiere hacernos un discurso! es la pequeña serpiente que viene á silbarnos una arenga! qué puede tener que decirnos?

El orador inocente empezó, pero apenas pronunció algunas palabras, fué interrumpido por grandes carcajadas. A pesar de sus esfuerzos para corregirse, tartamudeaba aun; además cuando tenia empezada una frase larga se veia obligado á detenerse sin poderla concluir, y los burlos terminaban por él en medio de las risas de la multitud. Sin embargo, se le ocurrían buenas razones que hacer valer, pero tenia tal prisa de decir las, que queria presentarlas todas de una vez, y su discurso se parecia á una madeja de hilo enredada.

Todo el mundo reia; insultaban al joven orador y le decían brutalmente que se fuera. Por fin tomó el partido de dejar la tribuna; le aplaudieron para darle gracias, y el pobre muchacho, tan humillado, se dió prisa á marcharse por las calles ménos concurridas.

Cuánta distancia habia de esto á los aplausos prodigados á Callistrate!

Otro cualquiera hubiese probablemente perdido el valor y se hubiese hecho marino ó soldado, como le aconsejaba su tutor; pero Demóstenes no queria faltar á su palabra, y se habia jurado que seria un gran orador.

Mucho tiempo pasó sin que le volvieran á ver en la plaza, pero se le encontraba con mucha frecuencia en los sitios más solitarios declamando en voz alta versos ó discursos: algunas veces cogia piedrecitas que se metia en la boca, acostumbrándose á hablar alto y distintamente.

Así consiguió corregir su mala pronunciacion, pero no podia decir una frase un poco larga sin tomar aliento. Para esto ideó subir cuestras muy pendientes y difíciles hablando alto y rápidamente; al fin consiguió con este ejercicio su objeto, y llegó el dia en que pudo decir la frase más larga sin faltarle el aliento.

Ya solo le faltaba no turbarse con el ruido que hay en torno del orador y dominarle. Para acostumbrarse á los tumultos de la plaza, se iba á orillas del mar cuando estaba más agitado, y dirigia á las irritadas olas las arengas más patéticas, aprendiendo á hablar en un tono más alto que el ruido que aquellas producian.

Pero esto no era más que la mitad de lo que necesitaba saber. Era preciso adquirir conocimientos para poder hablar sobre cualquier materia, sin tener precision de prepararse anticipadamente.

Habia en su jardin una especie de subterráneo, en el que se podia estudiar sin ser distraido por nada; hizo llevar allí todo lo necesario para escribir y algunos libros, ó más bien lo que hacia entonces oficio de tales, es decir, rollos de papeles ó de pergaminos escritos á la mano. Llevó también provisiones para comer, una lámpara y aceite para alumbrarse y se encerró, resuelto á no salir hasta que no supiera todo lo que deseaba aprender.

Al cabo de algunos dias de trabajo se encontró cansado y con deseos de salir. Pero reflexionó que si lo hacia á menudo, perderia parte de su trabajo, y discurrió la

manera de obligarse á permanecer encerrado.

Todo el mundo llevaba en aquel tiempo la barba larga: la suya empezaba á crecer; cojió una navaja y se afeitó solamente la de un lado; tomó en seguida unas tijeras y se cortó el pelo de media cabeza, de modo que estando tan ridículo le era imposible salir de su escondite.

Así estudió algunos meses.

Por fin, un día salió de su encierro y se dirigió á la plaza pública. Su barba y su cabello habian crecido, pero el trabajo habia hecho palidecer su rostro. El pueblo acudia á la plaza; Demóstenes se informa sobre lo que van á deliberar, y oye con placer que es un asunto que ha estudiado. Sin embargo, no pide la palabra, deja hablar á los demás oradores y sube á la tribuna el último.

Una carcajada resonó por todas partes cuando puso la mano sobre el mármol y miró á la multitud reunida.

—Es Demóstenes! gritó una voz.

—Demóstenes el tartamudo!

—Demóstenes el de corto aliento!

—Demóstenes el trastuelo!

—Quiere hacernos una comedia una vez más!

Y se preparaban á divertirse á sus expensas; pero el orador no se desconcertó, y no bien hubo pronunciado algunas frases, las risas se cambiaron en asombro; su

voz era clara, sonora y armoniosa; no tartamudeaba; su gesto era elocuente, y pronunciaba las frases más largas con una facilidad maravillosa.

Su discurso es perfecto, sus razones son claras, precisas y convincentes; cada cosa está en su lugar. Escuchando á los anteriores oradores se habia creído que tenían razón. Demóstenes se propuso demostrar que se habian equivocado, y lo hizo con tanta fuerza que convenció á todo el mundo.

Cuando concluyó su discurso, los que más le habian criticado se acercaron á felicitarle, y algunos quisieron llevarle hasta su casa como habian llevado á Callistrato.

—Cómo habeis hecho para llegar á ese punto de elocuencia y de facilidad, le preguntaron, teniendo como teniais todo en vuestra contra?

—Por un medio bien sencillo, respondió el orador; he trabajado y luchado con perseverancia; he querido llegar y he llegado. No hay nada que no se consiga con un obstinado trabajo.

Demóstenes llegó á ser, en efecto, uno de los primeros oradores del mundo y sus tutores fueron condenados á pagar una gran multa por haberle privado de profesores, obligándole á recurrir á estudios excesivos.

D.

CONOCIMIENTOS DE HISTORIA.

Rasgos de valor.—Dichos célebres.—Anécdotas.

Leonidas, cuando se tuvo que retirar al Estrecho de las Termópilas, recibió de un enviado de Jerjes la orden de rendir las armas. «Di á tu Rey, respondió, que venga á tomarlas.»

Alejandro el Grande, muy jóven aun, sabiendo las continuas victorias de su padre Felipe, rey de Macedonia, exclamó con ira y pesar: «Mi padre no me dejará á mí nada que hacer.»

Preguntando un dia á Alejandro, también jóven, si concurriría á los juegos olímpicos, contestó: «Iria si encontrase reyes por rivales.»

Dario, tercer rey de Persia, reunió una vez su gran ejército para presentar la batalla al dia siguiente á Alejandro. Alejandro se durmió tan profundamente que al venir el dia no se habia despertado. Viendo que los enemigos se aproximaban, sus generales entraron en la tienda y le despertaron manifestándole su admiración

de que en tal circunstancia pudiera dormir. «Es que Dario, les respondió, me ha tranquilizado reuniendo todas sus fuerzas, porque un solo día decidirá entre los dos.»

Memmon, general de Dario, oyendo á un soldado hablar mal de Alejandro, le aplicó un severo castigo, diciendo: «Te he tomado para hacer la guerra, pero no para decir injurias.»

Alejandro murió sin sucesor, y habiéndole consultado en los últimos momentos á quién dejaba el imperio, contestó: «Al más digno.»

Escipion, el africano, acusado ante los comicios, se presentó para defenderse, y en lugar de hacerlo entusiasmó al pueblo con estas palabras: «Romanos, en un día semejante vencí yo á Annibal en Zama; vamos al Capitolio á dar gracias á los Dioses;» la multitud le siguió.

Mario, general romano, dijo en una ocasion á sus soldados que le pedian agua: «Amigos míos, la hay en el campo enemigo.»

Cuéntase que César, viendo en Cádiz la estatua de Alejandro el Grande, lloró de pesar porque á la edad de aquel héroe no habia hecho nada notable.

César murió á los 56 años en pleno senado, asesinado á puñaladas por un corto número de republicanos, á cuya cabeza estaba Bruto. Cuando este levantó su puñal sobre el dictador, dejó este de defenderse, y exclamó: «Tambien tú, ¡oh Bruto!»

Granio, romano, fué hecho prisionero, en la guerra civil de César y Pompeyo, por Escipion, que le prometió la vida si dejaba el partido de César. «Los soldados de César, respondió Granio, dan la vida á sus enemigos, pero no la reciben de nadie.» Y en seguida se clavó un puñal en el pecho.

El visir del califa Mortaldi, habiendo ganado una batalla á los griegos y hecho prisionero á su emperador, preguntó al ilustre vencido qué trato esperaba que se le diera: «Si haceis la guerra como un rey, contestó, enviadme libre; si la haceis como un mercader, vendedme, y si la haceis como un carnicero, degolladme.» El general musulman le dejó libre.

Machiavelo, autor del célebre libro *El Principe*, que se juzga como un código de tiranía, contestó á uno que le criticaba sus máximas: «He enseñado á los principes á ser tiranos, pero tambien he enseñado á los pueblos á destruir los tiranos.»

Un cortesano que habia ganado gruesas cantidades en la banca de Law, preguntó al mariscal de Villars dónde tenia sus acciones. «En la historia,» respondió el general.

El conde de La Rochejacquelein, ilustre jefe vendeano, dirigia á sus soldados antes del combate esta corta arenga: «Si retrocedo, matadme; si adelanto, seguidme, y si muero, vengadme.»

Kleber, general francés, que mandaba el ejército de Egipto, hizo un convenio para volver con sus tropas á Francia; pero el almirante inglés, habiéndose negado á ratificarle despues de haber empezado su ejecucion poniendo en poder de los turcos muchas plazas y exigiendo que los franceses se entregasen prisioneros de guerra, Kleber, indignado, dió en la orden del día á su ejército la carta del almirante seguida de las siguientes palabras: «Soldados, á tales insolencias no se contesta más que con victorias; preparaos á pelear.» La batalla de Heliópolis fué ganada por 10.000 franceses contra 80.000 turcos, y en ménos de un mes reconquistado el alto Egipto.

CONOCIMIENTOS VARIOS.

Animales que viven en sociedad.

Los animales que viven en comunidad son mucho más inteligentes que los que viven aislados ó que se juntan solamente á su respectiva hembra.

La sociedad perfecciona al animal. El que sabe, enseña al que no sabe; los que saben se comunican los medios de aumentar sus conocimientos, de obtener nuevos resultados, y de

este concurso nace el perfeccionamiento de la especie. Es necesario, lo mismo al hombre que á los animales, la reunion de ciertas circunstancias para que su industria se desarrolle en todo su vigor. Así, el castor no es arquitecto sino en el seno de los bosques de la América; en Europa, su habitacion es en general parecida á la del zorro ó de la marmota. La hormiga igualmente, no levanta sus pirámides sino en las soledades del nuevo mundo.

La necesidad de vivir en sociedad se hace notar en un gran número de especies; pero con mayor interés en algunos animales, como en los conejos, por ejemplo, y esta necesidad satisfecha les hace cada vez más industriosos.

Las vacas y los bueyes que viven en las montañas duermen siempre formando un gran círculo, en medio del cual ponen los terneros y las reses de más edad. Si el lobo llega, le hacen frente por todas partes. Indicado el peligro por cualquier individuo, por un bramido, sin duda convenido, todos los demás se lanzan al sitio donde está el enemigo, forman un círculo al rededor de él, y rara vez deja de sucumbir bajo el poder de tanta fuerza reunida.

Cuando se reúnen los lobos para atacar algun rebaño, los más fuertes se presentan los primeros y atraen á los perros á alguna distancia, donde se pelean. Entretanto los de menor edad ó los más débiles, se arrojan sobre el rebaño y se llevan algunas reses. Despues, por medio de ladridos particulares, convenidos sin duda, los lobos, en lucha con los perros, abandonan el campo de batalla y se van á unir en un sitio apartado á aquellos de sus compañeros que se han apoderado de la provision.

Los búfalos, los bueyes y otros animales que andan en rebaños, colocan, ya para el ataque, ya para la defensa, sus hembras y sus crias en medio de ellos.

Todos estos rebaños tienen un jefe, cuya autoridad no se desconoce jamás, y cuya inteligencia y valor son muy notables, como para justificar la confianza que le ha sido acordada por los suyos.

Los elefantes gustan tambien de vivir en sociedad, y generalmente es así como van en busca del alimento y cambian de comarca.

El orden que observan en sus marchas, sobre todo cuando les amenaza algun peligro, demuestra bien su prevision. El jefe más temible marcha siempre á la cabeza; el que despues de él es considerado como una especie de subteniente, se coloca detrás para evitar que quede

algun rezagado y que algun imprudente se salga de la columna. Las madres llevan sus hijos en la trompa.

En los parques en donde hay gamos en gran número, forman casi siempre dos bandos enemigos que se hacen una guerra continua, en la que despliegan un valor y astucia admirables. Sus ataques se ejecutan con mucho orden, bajo la direccion de uno de ellos, que hace de jefe; este suele ser ordinariamente el más fuerte y el de más edad, es decir, que dá el ejemplo, y su experiencia le asegura la probabilidad del éxito.

Entre los conejos que viven reunidos, hay siempre uno que hace señales á los demás por medio de una patadita en el suelo, y que siempre es el último que entra en la madriguera.

Los cuervos, las osas y los patos, las grullas y otras aves viajeras, van siempre mandadas por una que marcha á una distancia de la línea que forman las que la obedecen. Cuando los cuervos se reparten por los campos para coger su alimento, varios centinelas se ciernen por encima de sus compañeros para advertirles el peligro. Estos centinelas se relevan sucesivamente.

Las gallinas, pavos y otras aves de corral hacen un círculo alrededor de cualquier animal que las ataque; si es pequeño, se defienden de él á picotazos, y si es temible, arman un cacareo infernal para avisar que vengan en su ayuda.

Las focas, animales marinos, cuando se ven atacadas, las más fuertes sostienen el combate, mientras las débiles se alejan.

Cuando un enjambre de abejas tiene varias reinas, un combate general es la consecuencia de la lucha que se establece entre ellas para la conservacion del poder. Las reinas rivales se presentan á la cabeza y se conducen con gran valentía. El combate concluye por la muerte de una ó de varias, segun las que son, puesto que no debe quedar más que una, y luego que el triunfo de esta se proclama, todas se reúnen bajo su autoridad. Aparte de este caso y aquel en que se echan de la colmena las abejas inútiles, la paz más profunda y la tranquilidad más inalterable existen siempre entre estos animales, y toda su vigilancia la emplean en que este orden no sea turbado.

Director y Editor responsable,

FRANCISCO CARVAJAL.